

una manera tan brillante, sin duda para algun importante servicio que está llamado á prestar á su pais."

Los viajes, la caza, la exploracion de lejanas tierras, las relaciones amistosas á hostiles con los Indios de las fronteras, fueron los placeres de su juventud. Era de ese temperamento, activo y atrevido que se complace en las aventuras y los peligros que ofrece al hombre la naturaleza grande y salvaje. Tenia la fuerza del cuerpo, la perseverancia y la presencia de espíritu que hacen triunfar de ella.

Y aun tenia en esto, á su entrada á la vida, una confianza un tanto presuntuosa. "Puedo afirmar, decía, que poseo una constitucion bastante robusta para soportar las mas duras pruebas y bastante resolucion, de que me lisonjeo, para acometer cuanto puede emprender un hombre."

A esta naturaleza debía convenirle la guerra mas todavia que la caza ó los viajes. Cuando se le presentó la ocasion se condujo en ella con ese ardor que en los primeros años de la vida no revela tanto la capacidad como el gusto. Dícese que en 1734 el rey Jorge III de Inglaterra, de cuyo poder dependia entónces Norte-América, se hacia leer un parte que habia trasmitido el gobernador de Virginia, en el cual el jóven mayor Washington terminaba la relacion de su primer combate con esta frase: "He oido silbar las balas, y hallo en este sonido no sé qué de encantador."—"No hablaría así de ellas, dijo el rey, si las hubiese oido muchas veces." Washington despues era de la opinion del rey; porque cuando el mayor de la milicia virginiana llegó á ser generalísimo del ejército independiente, habiéndosele preguntado si era verdad que habia dicho aquellas palabras: "Si las dije, respondió, fué porque era muy jóven."

En 1759, elegido por primera vez en la cámara de Virginia, cuando iba á tomar su lugar en la sala, un orador, Mr. Robinson, le manifestó, en vivos y brillantes términos, el reconocimiento de la asamblea por los servicios que habia prestado á su pais. Washington se levantó para dar las gracias por tanto honor; pero tal era su turbacion, que no pudo articular una palabra. Se sonrojaba, balbuceaba, temblaba: el orador acudió en su socorro. "Sentaos Mr. Washington, le dijo, vuestra modestia ignala á vuestro valor, y esto sobrepuja todo el poder de palabra que puedo poseer." Sin embargo, en 1774, en visperas de la gran lucha, al salir del primer congreso formado para prepararla, Patricio Henry, uno de los mas ardientes republicanos de la América, respondia á los que le preguntaban cuál era el primer hombre del congreso: Si hablais de elocuencia, M. Rutledge de la Carolina del Sur, es el mas grande orador; pero si hablais de sólido conocimiento de las cosas y de sano juicio, el coronel Washington es incontestablemente el primer hombre de la Asamblea.

Nombrado generalísimo en 1775, suplió la falta de recursos con una prudencia, una constancia y capacidad extraordinarias, y sostenido en parte por los Franceses, hizo frente á los Generales Howe, Clinton, Burgoine y Cornwallis; despues de varios encuentros, unos favorables y otros adversos, logró encerrar á este último en York Town y le obligó á una capitulacion, á la paz de Versalles y al reconocimiento de la independencia americana por Inglaterra. Washington entónces licenció el ejército, sin

que por esta medida se promoviera el mas ligero desórden, dimitió despues su cargo de generalísimo y volvió á la vida privada.

Cuando se constituyó un gobierno regular, Washington fué elegido presidente de la Union por cuatro años y reelegido despues por otros cuatro; en todo este tiempo sostuvo la paz con Europa, comovida entónces por la revolucion francesa, permaneciendo neutral en la guerra entre la Francia y la Inglaterra; renunció el poder en 1797 y murió dos años despues, siendo universalmente mirado como uno de los hombres mas sabios y mas probos que jamas han gobernado la nacion.

(Traducido.)

MORAL.

Diez cuentos morales para los niños
POR C. SCHMID.

II.

EL BUEN PADRE.

Un buen padre se hallaba detenido en la capital por negocios importantes, mientras que su esposa y sus hijos vivian lejos de él en una pequeña hacienda en el campo. Sucedió un dia que el padre envió á sus hijos un gran cajon lleno de cosas muy bonitas con una carta en la que decía: "Mis queridos hijos: sed piadosos y prudentes y os permitiré que vengais á reuniros con migo. Alegraos, porque en la casa que os he preparado, que es muy linda, os reservo regalos y juguetes más bonitos y preciosos todavia."

Los niños estaban encantados y entusiasmados, y gritaban:

— ¡Qué bueno es nuestro papá! ¡Con qué ternura nos envia cuanto puede gustarnos y divertirnos! Así querámosle con todo nuestro corazon, y aunque vive lejos de nosotros y no podemos verle, recordémos sus facciones. ¡Oh! seguramente, por nuestra parte nada nos costará el agradarle y trataremos de seguir en todo los mandatos que nos da en su carta. ¡Qué contentos estamos y cuán felices somos con la promesa que nos ha hecho de llevarnos á su lado!

— Mis queridos hijos, dijo la madre, Dios obra así con los hombres en la tierra, como vuestro papá acaba de obrar con vosotros. No podemos ver á Dios, pero su providencia nos envia mil preciosos dones: el Sol, la Luna, las estrellas, las flores, los frutos y todas las producciones de la tierra. El Santo Evangelio es, por decirlo así, una carta de Dios, en la que nos revela su voluntad, prometiéndonos el cielo si observamos sus mandamientos. Y no solo esto, sino que nos aguardan dones magníficos, alegrías más completas que los bienes y alegrías de la tierra. Correspondámos á Dios con amor, observemos sus mandamientos y regocijémonos anticipadamente porque un dia seremos admitidos en el cielo, donde le verémos cara á cara, y donde gozo, entusiasmo y felicidad serán eternos é indecibles.

Nos abre su corazon
Dios con amor y piedad;
Busca solamente en él
La eterna felicidad.

IMPRENTA DEL ESTADO.